



La relación entre *felicidad* y *virtud* en John Stuart Mill

Carolina Pallas

Instituto de Profesores Artigas

filomate@chasque.net

El utilitarismo- que ha sido dominante en la ética desde sus inicios hasta la década del 70- se presenta como una concepción ética de vida buena ligada a un ideal de perfección humana, donde la virtud tiene un papel sobresaliente.

Si bien desde la modernidad la virtud deja de ser centro de las discusiones éticas, John Stuart Mill es el último filósofo de esta época que trata la problemática entre felicidad y virtud.

El cultivo y la adquisición desinteresada de la virtud se integran en el proceso de autorrealización humana –nueva forma de felicidad-. La virtud es necesaria para la consecución de la felicidad y para el interés general de la sociedad. J. Stuart Mill, desarrolla el tema de la virtud en dependencia de su concepción utilitarista de la moral, que, a su vez, es consecuencia de su pensamiento en torno al hombre.

Centrándonos en estos conceptos analizaremos los problemas que se han encontrado en la relación entre felicidad y virtud y trataremos de profundizar en su vinculación paradójica.

¿Qué papel juega la virtud, en especial los sentimientos sociales, en una ética que pretende lograr al bienestar general? ¿Cuál es la función social y personal de la virtud?

En primer lugar definiremos los términos centrales de la problemática a tratar (I). Posteriormente, para entender el concepto de felicidad en Mill, y su vinculación con el placer, nos centraremos en las nociones de placer cualitativo, jueces competentes, dignidad, progreso humano, y felicidad general, que nos permitirán entender que para Mill hay tipos de existencia humana –unas mejores que otras- y a la felicidad como un conjunto complejo de elementos (II). Luego, presentaremos los problemas que surgen del análisis del lugar que ocupa la virtud en el autor estudiado (III); y finalmente

realizaremos algunas reflexiones sobre el tratamiento paradójico que realiza Mill de la virtud.

(I) Eudaimonía y Areté

La ética griega gira sustancialmente en torno a dos términos, *eudaimonía* y *areté*; o bien, según su traducción tradicional al español: «felicidad» y «virtud». “Responde a la problemática inaugurada por Sócrates y Platón, cuya cuestión central era la siguiente: ‘¿De qué manera es necesario que un hombre viva su vida?’ Como es evidente, lo que aquí está en juego no son principios generales sino más bien una escala de bienes entre los cuales escoger como fin último o supremo de la propia vida. Cuestiones, pues, referentes a la eudemonía o buena vida formaban parte integrante de la ética tanto como la teoría de las virtudes, o en la tradición estoica, de los deberes”¹.

La *Eudaimonía*, literalmente significa la posesión del buen daimon, de la buena suerte o del buen destino, era atribuida a alguien por los griegos haciendo referencia más bien a lo que normalmente sería la fuente de estos sentimientos, es decir, la posesión de lo que se considera deseable, algo más parecido a un juicio objetivo.

Si bien *Areté* -entendida a esta como la cualidad excelente, como una disposición habitual a obrar bien en sentido moral- es traducida como virtud, su plural, *aretai* puede incluir otras cualidades, además de la morales, como el ingenio o la sabiduría.²

El Eudemonismo –tanto de Aristóteles y Platón como de la Stoa-, se diferencia del hedonismo, en la medida en que el fin de las acciones es el logro de una vida buena y no la consecución del placer.

Aristóteles entiende que la *eudaimonía* es el fin de toda acción humana, y por consiguiente la mejor vida que puede vivir el hombre; la «vida buena», se refiere a la calidad sustancial de la vida, no a una simple característica o propiedad de la misma. Es claro que Aristóteles se opone a identificarla exclusivamente con el placer, la riqueza o el honor, pero la discusión se centra en si el acento de la vida buena está en la vida contemplativa o en la vida virtuosa. Aristóteles elimina el placer como sinónimo de vida feliz, aunque a diferencia de Platón no lo anula totalmente. Para Aristóteles el placer es un concomitante de la acción, y los verdaderos placeres serán aquellos que acompañarán a la actividad más perfecta.³

El Hedonismo es la concepción ética que identifica el bien con el placer, que pasa a ser considerado como el fin último que persigue la acción humana.

¹ Guariglia, 1996, p. 15.

² Cfr. Rowe, 1995, p. 185.

³ Cfr. Guariglia, 1997, pp. 88-89.

El tema del valor moral del placer como fin último o guía de la acción moral fue ampliamente discutido en todas las corrientes filosóficas griegas del siglo IV A.C., y se hallan expresiones de un cierto hedonismo en algunos sofistas como Gorgias o Antifonte, pero quienes la defendieron y desarrollaron más específicamente fueron los cirenaicos, y especialmente su fundador Aristipo. El platónico Eudoxo de Cnido defendió tesis morales semejantes – la vida de placer es la candidata para la vida feliz, ya que todos los animales, incluido el hombre, persiguen el placer y evitan el dolor como un mal- contra las que argumentó Platón.

La otra gran corriente hedonista de la Antigüedad fue la representada por Epicuro y sus seguidores. «*El placer es el principio y el fin de la vida feliz*», afirmaba Epicuro, pero no entendía el placer como placer inmediato, sino como placer estable y ausencia de dolor.

Se han considerado hedonistas los filósofos utilitaristas como J. Bentham o J.S. Mill, pero en éstos el placer no se subordina al individuo, sino a la sociedad pues, según ellos, el bien moral es la consecución del placer para el máximo número de personas.

En la tradición ética occidental, la virtud es considerada condición indispensable del perfeccionamiento del ser humano. De ahí que, en general, los planteamientos que tienen en cuenta la autorrealización o el cultivo del individuo, integren un tratamiento más o menos amplio de la cuestión de la virtud. Ahora bien, el tema de la virtud puede ser enfocado desde diversas perspectivas que hagan prevalecer un aspecto u otro de la virtud. Estos enfoques dependerán, en último término, de cómo se haya concebido al ser humano.

La ética griega, además del análisis de la vida buena, se presenta como ética de la virtud, en la medida que esta es el medio para conseguir la vida buena. El reconocimiento común de la conexión entre felicidad y virtud no impide que se presenten diferentes versiones sobre cuales son los eslabones que los unen.

Para Aristóteles la virtud es necesaria pero no suficiente, se necesitan además bienes externos. Para Platón y los estoicos la virtud es suficiente para la felicidad⁴.

Epicuro entiende: “*si bien todo placer es bueno no siempre debe seguirse*”; y es la prudencia –virtud de la que se originan todas las demás-, que está unida a la vida feliz, la que considera las ventajas y desventajas de los distintos placeres.

⁴ Cfr. Annas, 1995, p. 247. Ver además Guariglia, 1996, pp. 190-191, donde se plantea la diferencia entre Aristóteles y Platón en relación a la *phronesis*.

Si eudemonía en la antigüedad hacía referencia a las condiciones objetivas de una vida buena, en la actualidad denota una sensación subjetiva de satisfacción; de un sentimiento interior que varía en cada persona, y por ello tiene un valor relativo.

Desde la modernidad deja de ser centro de las discusiones éticas, aunque en la actualidad ha vuelto desde una nueva perspectiva. Kant desliga la felicidad de las cuestiones éticas, en la medida que los hombres no pueden ponerse de acuerdo en el modo de lograrla, pero si, acaso, sólo en el modo de decidir en qué consiste la moralidad. Y ésta no lleva de por sí a la felicidad, sino que sólo hace al hombre digno de ser feliz.

Sin embargo, los pensadores utilitaristas ingleses del siglo XVII y XVIII aún mantenían viva esta preocupación. John Stuart Mill es el último filósofo de esta época que trata la problemática entre felicidad y virtud.

El Utilitarismo es el sistema ético que pone el fundamento y la regla de la moral en la utilidad entendida como interés mayoritario, las acciones son moralmente buenas si son útiles para el mayor número de individuos. Es *“una teoría del bien utilizada habitualmente para dar contenido al marco consecuencialista más amplio. (...) Donde traza la línea la teoría utilitarista es en la insistencia en que para que algo sea un bien debe ser bueno, de algún modo, para alguien”*⁵.

Es una concepción consecuencialista: la corrección moral de un acto depende de sus consecuencias, de la capacidad de producir un cierto estado de cosas previamente valoradas, y no aplica el principio de valorar las acciones humanas por lo que son en sí mismas. Para el utilitarismo ético un acto es correcto cuando maximiza la felicidad general, en palabras de Bentham: «el mayor bien es la mayor felicidad para el mayor número posible de personas».

Las distintas versiones del utilitarismo responderán diferente a ¿Qué es lo bueno? ¿Cuál es la concepción de felicidad? ¿Para quienes?

Aunque desarrollado de manera sistemática en un principio por J. Bentham, el primero en usar el término “utilitarianism”, y por James Mill y John Stuart Mill, seguidores inmediatos suyos, el utilitarismo hunde sus raíces en el epicureísmo y el hedonismo de la antigüedad griega; y en teorías epistemológicas y morales del empirismo inglés.

El utilitarismo de Mill, creemos que implica una renovación de los filósofos clásicos, especialmente de Bentham. Mill perfecciona la doctrina de su antecesor, incluso enfrentándose frontalmente a él. En particular a su concepción restringida de las motivaciones y de la felicidad humana.

⁵ Goodin, 1995, p. 338.

(II) Felicidad, Placer y Autorrealización.

Si bien Mill es utilitarista, es una versión renovada con respecto a sus predecesores. En el Principio de la Utilidad - también llamado de la Mayor Felicidad - de Bentham; se entiende por felicidad la consecución del placer y la ausencia de dolor; y a la inversa, se entiende por estado infeliz todo lo que implica dolor y excluye lo placentero.

El utilitarismo de Bentham parte de un hedonismo psicológico: el hombre obra de acuerdo a la maximización de su placer y a la minimización del dolor, de ahí se pasa a un hedonismo ético: debemos procurar la felicidad, con su variante egoísta: búsqueda de la propia felicidad -predominante en ciertas partes de los escritos de Bentham-. Y el hedonismo ético universal, que Mill presenta en *El Utilitarismo*, Cap. 2: es un deber de todos ocuparnos imparcialmente y al mismo tiempo, tanto de la promoción de su felicidad particular como de bienestar general de todos los sintientes, de forma que se contribuya a la producción de la mayor felicidad total.⁶

El marco para obtener que es lo deseable se realiza a partir de la observación y la introspección. Para Mill la prueba de que lo único deseable por sí mismo es la felicidad, es de tipo fáctica. La experiencia, la práctica de la autoconciencia, la auto observación, y la observación de los demás, es la base para afirmar que la naturaleza humana está constituida de tal forma que no se desea nada que no sea o bien parte de la felicidad o medio para la felicidad, y la única prueba de que algo sea deseable es que realmente se desee.⁷

El pasaje que realiza Mill de lo deseado a lo deseable ha sido flanco de diversas críticas, pero el análisis de la “prueba” del principio utilitarista escapa a los intereses de este trabajo.⁸

Pero creemos, como afirma Guisán, que *“Mill no anduvo del todo desencaminado al buscar algún tipo de puente entre deseado y deseable... La felicidad deseable no es sino la felicidad deseada por los individuos autónomos, libres y autodesarrollados, que Mill toma como modelo de la naturaleza humana educada y madura.”*⁹

La felicidad deseable no es la que cualquier hombre desea o cualquier deseo, es lo que los hombres moralmente desarrollados desean. Por ello su concepción de felicidad es llamada felicidad moral. Guisán se pregunta: “¿Qué otra cosa puede ser verdaderamente deseable sino lo realmente deseado por personas ilustres, sensibles y sensatas? El debe, en Mill, está contenido en el es. No existen hiatos, fronteras, muros infranqueables para transitar del mundo

⁶ Cfr. Guisán, 1992b, p. 278.

⁷ Cfr. Mill, 1861, p. 90 y 96.

⁸ Sobre las críticas a Mill, en particular que comete la falacia de composición y por parte de Moore en *Principia Éthica*, de la falacia naturalista, ver el análisis de Guisan: 1984, 1992a, 1992b, y Millgram: 2000.

⁹ Guisan, 1992a, p. 492.

de los hechos al mundo de los valores, ya que los propios valores son valiosos precisamente en atención a que cumplimentan desiderata humanos.”¹⁰

Si bien Mill afirma que por “*felicidad se entiende el placer y la ausencia de dolor*” (*El Utilitarismo*, Cap. 2, p. 46), inmediatamente después nos señala que es necesario indicar qué cosas se incluye en la idea de dolor y placer.

El primer punto de inflexión está en la *clasificación de placeres*. Mill abandona la idea de que la comparación entre placeres es o puede ser puramente cuantitativa. Propone una distinción cualitativa entre placeres "superiores" (características espirituales e intelectuales del hombre) e "inferiores" (características sensuales y físicas de todo ser sintiente). Se tiene preferencia por los intelectuales y morales ante, por ejemplo, los sensibles.

Mill amplía el hedonismo psicológico de Bentham en la medida que entiende al placer como toda actividad humana placentera, y desde la perspectiva de hombre de Mill, debemos incluir, entre otras cosas, la vida virtuosa tanto como el desarrollo personal y colectivo.

En su ensayo sobre “Bentham”, Mill considera errónea la teoría psicológica de su predecesor, en la medida que éste niega un área amplia de la existencia humana: el hombre posee un potencial de cultivación que Bentham no reconoce. Mill agrega la individualidad, tolerancia, elección, originalidad, espontaneidad y libertad como valores sociales esenciales. Mill, como Bentham, reconoce que el egoísmo y el propio placer son factores de la conducta humana, no los niega como necesarios, pero a través del proceso educativo se puede esperar que se aprecien otros placeres, y que se aprenda la conexión entre el propio placer y el de los demás.¹¹

El hombre es capaz de placeres más elevados en la medida que tiene también facultades más elevadas. Al tomar conciencia de ello ya no se satisfecerá con aquello que pueda saciar sólo el instinto animal.

Desde su perspectiva antropológica no es posible afirmar que para Mill la felicidad es el placer sino que es un tipo de placer. Y si algunos placeres son más deseables que otros, separándose de Bentham, *la felicidad no es el placer sumado indiscriminadamente*:

“Los seres humanos poseen facultades más elevadas que los apetitos animales, y una vez que son conscientes de su existencia no consideran como felicidad nada que no incluya la gratificación de aquellas facultades. (...) Es del todo compatible con el principio de utilidad el reconocer el hecho de que algunos tipos de placer son más deseables y valiosos que otros.” (*El Utilitarismo*, Cap. 2, p. 47-48)

¹⁰ Guisan, 1984, pp. 14 -15.

¹¹ Cfr. Habibi, 1998, pp. 110-111.

Si todo placer no vale igual: ¿Cómo realiza Mill la jerarquización de los placeres? Por un lado, apela a su *concepción de hombre*, y por otro lado al famoso criterio de los *jueces competentes*, porque *“realmente no sólo es importante lo que los hombres hacen, sino también la clase de hombres que lo hacen”* (*Sobre la Libertad*, Cap. 3, pp. 129-130). La jerarquización de placeres sólo puede ser realizada por los sujetos que hayan experimentado los placeres que se pretenden comparar:

“Considero inapelable este veredicto emitido por los únicos jueces competentes. En relación con la cuestión de cuál de dos placeres es el más valioso, o cuál de dos modos de existencia es el más gratificante para nuestros sentimientos, al margen de sus cualidades morales o sus consecuencias, el juicio de los que están cualificados por el conocimiento de ambos o, en caso de que difieran, el de la mayoría de ellos, debe ser admitido como definitivo. Es preciso que no haya dudas en aceptar este juicio respecto a la calidad de los placeres, ya que no contamos con otro tribunal, ni siquiera en relación con la cuestión de la cantidad. ¿Qué medio hay para determinar cuál es el más agudo de dos dolores, o la más intensa de dos sensaciones placenteras, excepto el sufragio universal de aquellos que están familiarizados con ambos? ¿Con qué contamos para decidir si vale la pena perseguir un determinado placer a costa de un dolor particular a no ser los sentimientos y juicio de quien los experimenta?” (*El Utilitarismo*, Cap. 2, pp. 52-53)

Mill insiste, distanciándose de Bentham, que bueno no es lo que produce cualquier tipo de placer, basándose en su concepción de hombre y reconociendo que los hombres necesitan de más variedad y calidad de bienes para ser felices que el resto de los animales, al punto de que cualquier hombre que tenga acceso a los placeres más elevados puede llegar a rechazar una existencia de un nivel inferior aunque plenamente satisfecha.

“Podemos ofrecer la explicación que nos plazca de esta negativa. (...) Sin embargo, lo más indicado es apelar a un sentido de dignidad que todos los seres humanos poseen en un grado u otro, y que guarda alguna correlación, aunque en modo alguno perfecta, con sus facultades más elevadas y que constituye una parte tan esencial de la felicidad de aquellos en los que este sentimiento es fuerte, que nada que se le oponga podría constituir más que un objeto momentáneo de deseo para ellos. Quien quiera que suponga que esta preferencia tiene lugar al

precio de sacrificar la felicidad –que el ser superior es, en igualdad de circunstancias, menos feliz que el inferior– confunde los dos conceptos totalmente distintos de felicidad y contento”. (El Utilitarismo, Cap. 2, pp. 50-51).

Este *sentido de dignidad* y de autorespeto son elementos de la felicidad, no meramente la acompañan, que se derivan de la capacidad de autodesarrollo del hombre.

Es preciso notar que esta visión antropológica le permite *distinguir entre felicidad y contento*, entendiendo esto último como un estado de conformidad y aceptación de un estado de cosas establecido, por ello es mejor ser Sócrates insatisfecho que un necio satisfecho.

Es central el énfasis que realiza Mill en todas sus obras, en su concepción de *progreso individual y social del ser humano*. El resto de los animales no tienen lo que llama Mill, en varias oportunidades, facultades intelectuales, por ello su concepción de placer implica un conjunto complejo de elementos.

Su concepción de placeres superiores está conectada con el desarrollo de las capacidades humanas que él llama “*facultades superiores*”. Estas son explicadas por la capacidad potencialmente humana de cultivación y progreso, el hombre se diferencia de los otros animales por su singular habilidad de expresión, de tomar decisiones, de actuar y de cambiar cosas. Sólo los humanos somos capaces de desarrollarnos intelectualmente, artística, moral, espiritual y creativamente. Para Mill el desarrollo y ejercicio de las facultades superiores son el pre requisito para experimentar los placeres superiores:

*“The cultivation of our human capacities is among the most worthwhile and profitable activities. Mills finds it valuable because it leads to the refinement of our higher faculties and to higher forms of happiness. It is this process of growth that moves us toward the ultimate kind of satisfaction and fulfillment. The type of growth that results in higher happiness, then, on Mill’s view, ought to be an object of desire, as well as a goal”.*¹²

Mill entiende que la naturaleza humana se caracteriza por la variedad y la elección. Percibe la vida humana como perpetuamente incompleta, en constante autotransformación. Para Berlin, “*según Mill, lo que distingue al hombre del resto de la naturaleza no es ni su pensamiento racional ni su dominio de la naturaleza, sino la libertad de escoger y experimentar*”.¹³

¹² Habibi, 1989, pp. 97-98.

¹³ Berlin, 1959, pp. 48-49. Cfr. ídem, p. 28.

Si bien el lugar que ocupa la libertad como afirmación del individuo y manifestación de su singularidad, escapa al objetivo de este trabajo, debemos mencionar que el famoso principio que Mill enuncia en su ensayo *Sobre la Libertad* pretende salvaguardar la libertad que tiene el individuo de perseguir sus propias metas en su dominio privado: *“la única finalidad por la cual el poder puede, con pleno derecho, ser ejercido sobre un miembro de una comunidad civilizada, contra su voluntad, es evitar que perjudique a los demás. Su propio bien, físico o moral, no es justificación suficiente”*. (*Sobre la Libertad*, Introducción, p. 65)

Mill defiende este principio de libertad apoyándose en dos razones: permite a los individuos desarrollar a su manera su propio potencial; y, al liberar los talentos creatividad y dinamismo, establece las condiciones previas del progreso intelectual y moral.

Además de la jerarquía de placeres, que nos lleva a que hay diferentes tipos de vida humana –como veremos más adelante–, debemos añadir que los placeres superiores implican una compleja combinación de ingredientes:

*“In his notes to the 1869 edition of his father’s *Analysys of the Phenomens of the Human Mind (1829)*, for example, Mill confirms that in addition to the qualitative distinction between ‘mental’ pleasures that depend on our higher faculties and ‘bodily’ pleasures that arise from our animal nature alone, there is a hierarchy of different kinds of pleasures nested within the mental kind. In particular, certain pleasures of the aesthetic feelings and of the moral sentiments are higher in quality than not only animal pleasures of mere sensation but also mental pleasures associated with ideas of mere expediency. Higher pleasures such as those of the feelings of beauty or sublimity as well as the sentiment of justice are highly complex combinations of many separated ingredients, he insists, and these higher pleasures do not feel anything like the ingredients (including the lower pleasures) that enter into their composition ‘When a complex feeling is generated out of elements very numerous and various, and in a corresponding degree indeterminate and vague, but so blended together by a close association, the effect of a long series of experiences, as to have become inseparable, the resulting feeling always seems not only very unlike any one of the elements composing it, but very unlike the sum of those elements’ (JMA). Such higher pleasures are ‘quasi-chemical’ products that ‘always’ feel different in kind –that is, different to an ‘indeterminate and vague degree’- from any lower pleasures or sum of lower pleasures among their ingredients.”¹⁴*

¹⁴ Riley, 2003, p. 413.

La caracterización dual que hace Mill sobre el hombre, sensible y racional¹⁵, explica su hedonismo ético universal, su defensa de la felicidad generalizada. Para Mill en el cálculo de los placeres debemos contar con los demás como parte de nuestro mundo.

El criterio utilitarista:

“[...] no lo constituye la mayor felicidad del propio agente, sino de la mayor cantidad total de felicidad”. (El Utilitarismo, Cap. 2, p. 53).

Y unas páginas más adelante en el mismo capítulo reafirma:

“Debo repetir nuevamente que los detractores del utilitarismo raras veces le hacen justicia y reconocen que la felicidad que constituye el criterio utilitarista de lo que es correcto en una conducta no es la propia felicidad del agente, sino la de todos los afectados. Entre la felicidad personal del agente y la de los demás, el utilitarista obliga a aquél a ser tan estrictamente imparcial como un espectador desinteresado y benevolente. (...) Como medio para alcanzar más aproximadamente este ideal, la utilidad recomendará, en primer término, que las leyes y organizaciones sociales armonicen en lo posible la felicidad o (como en términos prácticos podría denominarse) los intereses de cada individuo con los intereses del conjunto.” (El Utilitarismo, Cap. 2, p. 62)

Esto no significa que se proclame la auto inmolación y sacrificio como un bien en sí mismo, sólo lo es si incrementa la **felicidad general**¹⁶. Si no trae como consecuencia algún tipo de utilidad, no tiene valor.

Recordemos lo que nos dice Mill en unos de los primeros párrafos del cap. 2 del Utilitarismo:

“[...] todas las cosas deseables (que son tan numerosas en el Proyecto utilitarista como en cualquier otro) son deseables ya bien por el placer inherente a ellas mismas, o como medios para la promoción del placer y la evitación del dolor”. (El Utilitarismo, Cap. 2, p. 46).

¹⁵ Cfr. Guisan, 1984, p. 11: “En Mill todo lo que el hombre hace lo hace en cuanto ser sintiente a la vez que racional”.

¹⁶ Cfr. Mill, *El Utilitarismo*, pp. 60-61.

Pero ¿cuál es la relación entre placer y felicidad? ¿Todos los elementos que causan placer por sí mismos o como medios para la felicidad tiene el mismo valor? Por la distinción cualitativa que realiza de los placeres, la respuesta es no. Aunque siempre tendrán una relación con el placer, o por el placer que causan por sí mismos o como medio para él.

Destacaremos dos cosas: por un lado en la filosofía de Mill es posible distinguir diferentes tipos de existencia humana: modos de vida superiores y modos de vida inferiores¹⁷; y por otro “felicidad” no es sinónimo y, por ende, no es intercambiable con “placer”. La *felicidad* que Mill entiende como fin de la vida, es un conjunto complejo de ingredientes, en los cuales juega un papel fundamental la virtud. Es una felicidad, que entre otras cosas deberá tener en cuenta el bien común. “*Los dos objetos más sublimes que pueden perseguirse: la verdad y el bien común.*” (*Sobre la Religión*, p. 36)

La primera afirmación, la distinción entre modos de vida, puede ser vista como en conflicto con el liberalismo que defiende Mill. Es claro que para Mill cualquier forma de vida no es buena, las hay mejores y peores. El valor de la vida es haberla elegido, y por ello un esclavo no podría nunca ser feliz. Mill defiende un ideal de perfección humana que sólo es posible si se dispone de libertad absoluta de elección. La libertad será un condicionante de la felicidad.¹⁸

Para Isaiah Berlin, la libertad es valiosa como medio para el placer y no como fin. Coincide con que la felicidad es el fin único de la existencia humana, pero lo que contribuye a ella no condice con lo que le enseñaron sus educadores, ya que lo que llegó a valorar más fue la diversidad, la plasticidad y la plenitud de la vida; más que la racionalidad o la satisfacción. La felicidad como fin último es complejo e indefinido porque abarca muchos fines diferentes. Pero si ellos son medios o son parte de la felicidad, Berlin entiende que Mill nunca lo dice claramente.¹⁹

Creemos que es posible afirmar que para Mill la felicidad no es una entidad abstracta sino un conjunto de condiciones o requisitos que no son sólo simples medios para llegar a la felicidad, sino que la constituyen. Para Mill la felicidad del hombre es una felicidad peculiar, propia de un ser autodesarrollado, ilustrado, libre, en pleno ejercicio de sus facultades intelectuales, con sentido de su dignidad. Estos ingredientes no se derivan de la felicidad, *son* la felicidad.

De hecho el título del tercer capítulo de *Sobre la Libertad*, De la individualidad como uno de los elementos del bienestar, es equivalente a decir

¹⁷ Cfr. Mill, *El Utilitarismo*, p. 52: “cuál de dos modos de existencia es el más gratificante para nuestros sentimientos”.

¹⁸ Parece contradictoria la defensa de Mill del liberalismo porque el liberalismo se entiende como una teoría de la neutralidad, el Estado no debe manifestar preferencia por ningún modelo de vida y debe asegurar que cualquier proyecto vital pueda desarrollarse. La función del Estado está limitada a la seguridad y la justicia, y sólo interviene en caso de conflicto. Cfr. Salerno, 2000, pp. 197-199.

¹⁹ Cfr. Berlin, 1959, p p. 13-19.

que se concibe la individualidad, con sus implicaciones de autodesarrollo, autorespeto y autonomía personal, no como compatible con, o conducente a la felicidad, sino como parte integrante de la misma.²⁰

“Los ingredientes de la felicidad son muy varios y cada uno de ellos es deseable en sí mismo, y no simplemente cuando se lo considera como parte de un agregado. El Principio de la Utilidad no significa que cualquier placer determinado, como por ejemplo la música, o cualquier liberación del dolor, como por ejemplo la salud, hayan de ser considerados como medios para un algo colectivo denominado Felicidad y hayan de ser deseados por tal motivo. Son deseados y deseables en y por sí mismos. Además de ser medios, son parte del fin.

La virtud, conforme a la doctrina utilitarista, no es natural y originariamente parte del fin, pero es susceptible de llegar a serlo. En aquellos que la aman desinteresadamente ya lo es, deseándola y apreciándola no como medio para la felicidad, sino como parte de su felicidad.” (El Utilitarismo, Cap. 4, p. 92)

El concepto de felicidad de Mill, en su intento de superar las dificultades del benthamismo, no deja de introducir otros inconvenientes: luego de afirmar la complejidad de los ingredientes que forman parte de la felicidad, intenta ubicar el lugar que ocupa la virtud en ella. La búsqueda de felicidad de cada ser humano va emparejada con la búsqueda de fines morales, el autodesarrollo, la excelencia, el sentido de la dignidad propia, el autorespeto y, por otro con la solidaridad, sentimiento de empatía con los intereses de los demás que nos mueva a la búsqueda de la felicidad del otro. Es un concepto equilibrado de felicidad, entre el interés particular del individuo y su participación en promover el bienestar general.

Harto sabido son las críticas que se le han realizado a la clasificación de placeres en Mill, a la figura de los jueces competentes, etc.; y por ello creemos que es necesario centrarse desde otra perspectiva.

Creemos que una lectura que podría evitar la ambigüedad de esta doctrina es desde una perspectiva moral de la felicidad, en la medida que la búsqueda de la virtud, la imparcialidad, la benevolencia, etc; constituyen factores decisivos para la felicidad. Y además releer las causas de una vida insatisfactoria para Mill, que condicen con esta visión:

“Después del egoísmo, la principal causa de una vida insatisfactoria, es la carencia de la cultura intelectual. (...) Es posible que todo ser humano debidamente educado sienta, en

²⁰ Cfr. Guisan, 1992a, pp. 486-491.

grados diversos, auténticos afectos privados y un interés sincero por el bien público. En un mundo en el que hay tanto por lo que interesarse, tanto de lo que disfrutar y también tanto que enmendar y mejorar, todo aquel que posea esta moderada proporción de requisitos morales e intelectuales puede disfrutar de una existencia que puede calificarse de envidiable". (El Utilitarismo, Cap. 2, pp. 57-58).

(III) Felicidad y Virtud.

Mill no presenta una descripción completa de la virtud, tan sólo está interesado en su función práctica, y más en concreto por su posible vinculación con la felicidad. No es extraño que no defina la virtud ni haga un tratamiento sistemático de ella²¹, ya que el valor de la virtud estará en la vida práctica, para la reforma de los individuos, y por tanto, de la sociedad.

Mill apela a la virtud como una solución que permita al hombre perfeccionarse individualmente. Recordemos que Mill coloca el ideal del cultivo propio como meta final a la que tiende toda sociedad y todo progreso, esto explica la aparición de la virtud como un recurso indispensable para la consecución de este ideal social, y explica también el lugar que la educación juega en sus escritos (como en su propia vida), como forma de impulsar y desarrollar la virtud en cada individuo.

En el Capítulo 2 de *El Utilitarismo*, por un lado, se distancia de la concepción estoica: que coloca la virtud por encima de todo y considera que quienes la poseían tienen todo a su alcance.

"Sin embargo la doctrina utilitarista no pretende hacer tal descripción del hombre virtuoso. Los utilitaristas son totalmente conscientes de que existen otras posesiones y cualidades deseables aparte de la virtud, y están completamente dispuestos a concederles todo su valor". (El Utilitarismo, Cap. 2, p. 66)

Y además, nos presenta a la virtud como un medio para la felicidad:

"Indica nobleza el ser capaz de renunciar por completo a la parte de la felicidad que a uno le corresponde, o a las posibilidades de la misma, pero después de todo, esta auto-inmolación debe tener algún fin. Ella misma no constituye su propio fin. Y si se nos dice que su fin no es la felicidad sino la

²¹ Mill hace referencia directamente a la virtud en *El Utilitarismo* en muy pocas ocasiones –no llegan a la docena-, y solamente en los capítulos 2 y 4.

virtud, lo cual es preferible a la felicidad, yo pregunto: ¿Se llevaría a cabo el sacrificio si el héroe o el mártir no creyesen que ello garantizará el que los demás no tengan que llevar a cabo sacrificios parecidos?” (El Utilitarismo, Cap. 2, p. 60)

y

“La multiplicación de la felicidad es, conforme a la ética utilitarista, el objeto de la virtud.” (El Utilitarismo, Cap. 2, p. 64)

Desde estos textos la virtud no aparece como un fin en sí misma, sino que tiene como objeto la felicidad.

Pero en el Capítulo 4 de *El Utilitarismo*, frente al análisis de la adquisición de la virtud, considera que el desinterés es condición necesaria para ello, y contrariamente a lo que afirmaba anteriormente, no debería tener ningún otro fin, sino ser un fin en sí misma.

Con esto recoge un aspecto de la tradición clásica, que ciertamente reconoció en el desinterés un aspecto de la virtud, si bien no el más relevante:

“Sin embargo, ¿niega el utilitarismo que la gente desee la virtud o mantiene que la virtud no es algo que haya de ser deseado? Todo lo contrario. Mantiene no solamente que la virtud ha de ser deseada, sino que ha de ser deseada desinteresadamente, por sí misma. Sea cuál sea la opinión de los moralistas utilitaristas con relación a las condiciones originales que hacen que la virtud devenga virtud; y por más que puedan considerar (como, de hecho ocurre) que las acciones y disposiciones son solamente virtuosas debido a que promocionan algún otro fin que la virtud, ... no sólo colocan la virtud a la cabeza misma de las cosas que son buenas como medios para el fin último, sino que también reconocen como hecho psicológico la posibilidad de que constituya, para el individuo, un bien en sí mismo, sin buscar ningún otro fin más allá de él.” (El Utilitarismo, Cap. 4, pp. 91-92)

En el texto citado, Mill polemiza contra los moralistas utilitaristas quienes querían que la virtud fuese medio para otro fin ulterior, en concreto, para la felicidad. Ciertamente Mill reconoce que el deseo de felicidad es el fin de nuestras acciones y sin ese deseo no es posible ni siquiera alcanzar la virtud. Sin embargo, considera que la virtud es parte de la felicidad solo cuando se la ama *desinteresadamente*, no cuando se busca como medio para alcanzar la

felicidad. Es más, el amor desinteresado a la virtud es la única forma de convertirla en parte de la felicidad, y evitar que sea simple medio. Por eso, unos párrafos más adelante al anteriormente citado, escribe:

“La virtud, según la doctrina utilitaria, no es natural y originariamente una parte del fin: pero puede llegar a serlo. Así ocurre con aquellos que la aman desinteresadamente. La desean y la quieren, no como un medio para la felicidad, sino como una parte de su felicidad”. (El Utilitarismo, Cap. 4, p. 92)

Como nos indica John Skorupski: ¿acaso no deseamos cosas movidos por fines que no son el de la felicidad, por ejemplo, la idea de deber? Pero la cuestión está en cuando deseamos inmotivadamente una cosa, la deseamos bajo la idea de ella como placentera. Mill distingue, además, entre desear una cosa como «parte» de nuestra felicidad y desearla como medio para nuestra felicidad. Los fines virtuosos pueden ser una parte de la felicidad: considérese, por ejemplo, la diferencia que hay entre un hombre espontáneamente generoso y uno que sólo lo es por razones de conciencia. El primero desea dar porque eso le produce placer. El segundo realiza el acto de dar por «una voluntad confirmada de hacer lo correcto». El beneficio ajeno es para el primero, más no para el segundo, una «parte» de su propia felicidad. Las virtudes pueden tornarse en parte de nuestra felicidad, y el ideal de Mill es que lo fueran. Ese estado ideal no es irreal, puesto que las virtudes tienen una base natural y una buena elección moral puede desarrollarlas por asociación.

El utilitarismo reconoce que los hombres desean por sí mismas, y no como medio para la felicidad, cosas que, aparentemente, son distintas de la felicidad, por ejemplo la virtud y la ausencia de vicio. No niega que haya hombres que deseen la virtud por sí misma, es más, sostiene que tal actitud debe extenderse al máximo si se pretende promover la felicidad general. Y esto no contradice que la felicidad general es la única cosa deseada como fin. Cuando alguien busca la virtud por sí misma, esta deja de ser un medio para procurarse la felicidad, y se ha convertido por un proceso asociativo, en uno de los componentes de lo que constituye la felicidad. Nada se apetece con independencia de la felicidad, lo que no se quiere como medio para lograrla se desea como parte suya.

Esto plantea a Mill el problema de la relación entre medios y fines. Su doctrina no deja de ser peculiar, pues considera que los medios asociados a un fin pueden quererse como fines:

“La virtud, de acuerdo con la concepción utilitarista, es un bien de este tipo. No existe un deseo originario de ella, o motivo para ella, salvo su producción de placer y, especialmente, su protección del dolor. Pero mediante la asociación que se forma

puede ser considerada como buena en sí misma y deseada en este sentido con tanta intensidad como cualquier otro bien". (El Utilitarismo, Cap. 4, pp. 94-95)

Esa asociación no hay que entenderla como algo necesario o exigido por el fin, sino producto de la actividad del individuo:

"En dichos casos los medios se han convertido en parte del fin, siendo además una parte del fin más importante que cualquiera de las cosas que obtenemos por su mediación. Lo que en un tiempo se deseó como instrumento para la obtención de la felicidad, se desea ahora por sí mismo. Al ser deseado por sí mismo, no obstante, resulta deseado como parte de la felicidad. La persona es feliz, o cree serlo, por su mera posesión, y es desdichada si no es capaz de conseguirlo. Su deseo no es algo distinto del deseo de felicidad, como tampoco lo es el amor a la música o el deseo de salud. Todo ello está incluido en la felicidad. Todo ello constituye parte de los elementos con los que se genera el deseo de felicidad. La felicidad no es una idea abstracta, sino un todo concreto y éstas son algunas de sus partes. El criterio utilitarista sanciona y aprueba que así sea". (El Utilitarismo, Cap. 4, p. 94)

"[...] Resulta de las consideraciones precedentes, que no existe en la realidad nada que sea deseado excepto la felicidad. Todo lo que es deseado de otro modo que no sea medio para algún fin más allá de sí mismo, y en última instancia para la felicidad, es deseado en sí mismo como siendo él mismo una parte de la felicidad, y no es deseado por sí mismo hasta que llega a convertirse en ello. Quienes desean la virtud por sí misma la desean ya bien porque la conciencia de ella les proporciona placer, o porque la conciencia de carecer de ella les resulta dolorosa, o por ambas razones conjuntamente. Como, en realidad, raras veces el placer y el dolor se presentan por separado, sino que casi siempre aparecen juntos, la misma persona experimenta placer en la medida en que ha alcanzado la virtud, y el dolor por no haber alcanzado más. Si una de estas cosas no le proporcionase placer y la otra dolor, no amaría ni desearía la virtud, o la desearía sólo por los demás beneficios que podría producirle a ella o a las personas de su estima". (El Utilitarismo, Cap. 4, p. 95)

Es, pues, clara la posición de Mill: *en su origen, virtud y felicidad no son lo mismo*; hay muchos que buscan la felicidad al margen de la virtud. Sin embargo, la búsqueda desinteresada de la virtud, es decir, la búsqueda del autoperfeccionamiento como fin último, lleva a asociar intensamente virtud y felicidad. Además, teniendo en cuenta que el único modo de buscar la virtud es por ella misma, desinteresadamente, resulta a la postre que la búsqueda desinteresada de la felicidad es el único camino para serlo. En una palabra: hay que buscar la virtud por sí misma y así somos virtuosos y felices.

Solamente el hombre virtuoso, o sea, el que ha dejado de lado su propio interés para cultivar la virtud, es capaz de trabajar en la mejora de la sociedad, de fomentar la mayor felicidad para el mayor número de personas.

La incongruencia está en que el Capítulo 2 de El Utilitarismo, Mill realiza una descripción de la Virtud como medio para la Felicidad, y en el Capítulo 4, es un fin en sí misma.

Tenemos la paradoja de que hay que buscar la virtud por sí misma - "desinteresadamente"- (Cap. 4); y simultáneamente se convierte en medio para la felicidad -propia y la de los demás- (Cap. 2). Mill admitiría la virtud como fin en sí mismo, precisamente porque es lo que más ayuda a conseguir la felicidad general.

Parece claro que, para Mill, la virtud es fin en sí misma, o sea, hay que buscarla desinteresadamente, sin miras a un fin ulterior; pero, al mismo tiempo, esa es la única forma de salvaguardar el interés general: la virtud es el único medio para lograr la felicidad de la mayoría. Ese es, pues, el problema: ¿cómo entender que la virtud sea al mismo tiempo útil, es decir, medio para incrementar la felicidad del mayor número y simultáneamente sea buscada por sí misma?

Don Habibi entiende que Mill es utilitarista en la medida que se adhiere a la concepción básica de esta doctrina, la cual sostiene que la corrección de la conducta humana está determinada por las consecuencias de la acción para el bienestar general, si bien mantiene el consecuencialismo y el universalismo, no implica que sea benthamista. Las modificaciones realizadas por Mill al hedonismo de su antecesor son consideradas necesarias para que el utilitarismo incorpore el reconocimiento de los placeres cualitativamente superiores y la creencia en el desarrollo humano, incluyendo términos como perfeccionamiento, progreso, mejora, refinamiento, cultivación, superación y elevación de carácter. Su concepto de Felicidad está basado en el desarrollo humano: para ello Mill nos brinda un acercamiento a un ideal de excelencia, nobleza o perfección. La ambivalencia de Mill está en que lo que contribuye a la felicidad es parte de ella, como la libertad, la diversidad, el progreso, etc. Mill alienta al desarrollo de nuestro carácter, de las facultades humana, porque son

factores que contribuyen a promover la felicidad, son parte de la felicidad, y por ello deseables.

Esta ambigüedad, se puede eliminar, para Habibi, en la medida que se interprete la utilidad en el más amplio sentido, que se funde en los intereses del hombre como ser en autodesarrollo, con capacidad de autorrealización.

Y en este sentido Mill afirma en *Sobre la Libertad*:

“Considero la utilidad como la suprema apelación en las cuestiones éticas; pero la utilidad, en su más amplio sentido, fundada en los intereses permanentes del hombre como un ser progresivo.” (p.67)

Otra dificultad que encontramos al analizar el papel que juega la virtud en Mill, es la de mantener la afirmación de que su ética es hedonista, en la medida que reconoce que hay otras cosas que pueden quererse por sí mismas además del placer.

El utilitarismo de Mill puede considerarse hedonista porque afirma que lo que mueve al hombre a obrar es la búsqueda del placer y la ausencia de dolor, pero además entiende que los seres humanos tenemos sentimientos sociales que nos hace darnos cuenta que los demás también desean alcanzar el placer.

Esta última afirmación presenta dificultades a la hora de definir la filosofía de Mill como hedonista. Incluso su utilitarismo ha sido calificado de idealismo²² puesto que sobrevalora los sentimientos sociales como fuente de placer y asegura que se puede convencer a renunciar a la felicidad individual a favor de la felicidad común.

Geoffrey Scarre argumentará que la posición planteada por Mill en *El Utilitarismo* no es del todo coherente, y que su teoría está más cerca del eudemonismo que del hedonismo; en la medida que para Mill la virtud ha de ser deseada por sí misma. Scarre se pregunta: ¿Si es hedonista, cómo se puede ser desinteresadamente virtuoso?

Mill afirmó que lo único deseable por sí mismo es el placer, todo lo demás se busca por él o como medio para conseguirlo. Si la virtud es desinteresada, significa que se quiere por sí misma y no como medio para nada más.

Para Scarre no siempre el deseo de un objeto es lo mismo que el placer, hay objetos que se desean por su valor. Ejemplifica con el caso de Dora que realiza una donación por ser moralmente meritorio y no por el disfrute. Lo hace porque es una actividad valiosa. Y Fred rechaza una salida divertida con sus

²² Cfr. Guisan, 1992b, pp. 284-287. Presenta diferentes clasificaciones de los tipos de utilitarismo: Hedonista: Bentham, en la medida que reivindica a todos los placeres por igual. Semi-Idealista: Mill, ya que el placer es condición necesaria, pero no suficiente.

amigos, porque “por un sentimiento de deber” se queda cuidando a su tía. Un hedonista podrá afirmar que están éticamente equivocados pero no que esto sea psicológica o lógicamente imposible.

Como nota Mill ambos sienten satisfacción porque la conciencia de la virtud es un placer. (*El Utilitarismo*, Cap. 4, p. 95). Actúan de acuerdo a sus valores. El sentido del valor explica el placer de la virtud y no el placer de la virtud el sentido del valor.

Si algo se quiere por placer, se quiere por sí mismo, pero no todo lo que se quiere por sí mismo se quiere por placer. Como por ejemplo la virtud, que es querida por su valor intrínseco y no por el placer. Para Scarre la confusión de Mill, consiste justamente en no reconocer la distinción de Aristóteles; donde ambos si bien se quieren por sí mismo, son diferentes tipos de fines.

Creemos que el lugar que ocupa la virtud en la filosofía milliana le trae más de un problema, pero no podemos dejar de interpretarla a la luz de su concepción de hombre, de moralidad, y de su tan conocida preocupación, por el progreso social. En este sentido, Mill nos presenta un ideal de hombre y de sociedad:

“No pretendo afirmar que la promoción de la felicidad deba ser, en sí misma, el fin de todas las acciones, ni siquiera de todas las reglas de acción. Es la justificación y debe ser lo que controle todos los fines, pero no es, en sí misma, el único fin. Existen muchas acciones virtuosas, e incluso modos virtuosos de acción (aunque los casos son, creo, menos frecuentes de los que se supone) por los cuales se sacrifica la felicidad en un caso particular, produciéndose más dolor que placer. Sin embargo, las conductas de las que puede afirmarse esto último con verdad, sólo pueden ser justificadas si puede mostrarse que, en conjunto, se producirá más felicidad en el mundo si se cultivan los sentimientos que harán que la gente, en casos determinados, desestime la felicidad. Admito por completo que esto es cierto: que el cultivo de una nobleza ideal de la voluntad y la conducta debe ser un fin para los seres humanos individuales, para los cuales la búsqueda específica ya bien de su propia felicidad o la de los demás (excepto en la medida en que estén incluidas en aquella idea) deben abandonarse, en caso de conflicto. Sin embargo, mantengo que la propia cuestión relativa a lo que constituye esa grandeza de carácter, ha de ser ella misma decidida mediante referencia a la felicidad como criterio. El propio carácter debe ser, para el individuo, un fin principal, simplemente porque la existencia de esta nobleza ideal de carácter, o un acercamiento aproximado a la misma, en cualquier grado, contribuirá, más que ninguna otra cosa, a la realización de una

vida humana feliz, tanto en el sentido comparativamente modesto del placer y la liberación del dolor, como en el sentido más elevado de convertir la vida no en lo que es ahora casi universalmente, pueril e insignificante, sino aquella que pueda ser apetecida por seres humanos con facultades altamente desarrolladas". (Un Sistema de Lógica, Libro VI, Cap. XII, p. 151)

La relación entre felicidad y virtud, sólo puede ser interpretada a la luz de su ideal de perfección humana, y la virtud tendrá un papel sobresaliente. El cultivo y la adquisición desinteresada de la virtud se integran en el proceso de autorrealización humana, en la medida que es necesaria para la consecución de la felicidad y para el interés general de la sociedad.

(IV) Reflexiones finales.

Hemos señalado que Mill no ofrece un estudio general de la virtud. Se limita a la discusión de algunos problemas que le interesan. En concreto, su exposición de la virtud podemos centrarla en dos puntos: cómo se adquiere y qué función social y personal tiene. Ambos aspectos están entrelazados, pues la adquisición de la virtud requiere una búsqueda desinteresada de ella y, al mismo tiempo, exige que se la asocie al placer, lo cual hace que se convierta en fin último de la acción personal y social y, simultáneamente, que sea el medio más eficaz para lograr la felicidad propia y la social. De este modo, la virtud se constituye en Mill como el instrumento útil para aunar los intereses particulares y generales.

Este tratamiento paradójico de la virtud, se puede deber a que Mill no se preocupó por clarificar los conceptos de interés y utilidad. En la tradición clásica, se distinguió entre el interés por el bien material y, en general, mundano, y el interés por el bien moral, entendido como el perfeccionamiento del individuo en cuanto hombre. En el primer caso, cabe hablar de una utilidad o de bien útil: ordenar un medio a un fin material. En el segundo, no hay un bien útil, no hay un bien-para, sino un bien en cuanto tal, un bien en sí.

Según esta distinción, es claro que la virtud no es un bien útil: no se ordena con el fin de enriquecerse o conseguir el poder. Y, por eso, la virtud no le interesa (interés en el primero de los sentidos) a quien su única preocupación sea enriquecerse o conseguir el máximo de placer físico. La virtud, por el contrario, es un bien en sí, que interesa máximamente (en el segundo sentido de interés) a quien quiera perfeccionarse como personal racional, a quien quiera ser éticamente bueno.

Mill no consiguió discernir claramente los dos sentidos de interés, ni perfilar suficientemente el concepto de utilidad en oposición al de bien en sí. Por eso,

considera que, si actuamos conforme a la virtud, es porque esperamos que otros hagan lo mismo y así conseguiremos una sociedad mejor. E igualmente considera que la virtud es útil para la buena marcha de la sociedad y para su felicidad.

Parecería, que por la falta de claridad mencionada, el planteamiento milliano traiciona la esencia de la virtud. Ciertamente la virtud ayuda al progreso y al orden social, pero nunca se la puede subordinar como medio a tal finalidad, pues eso destruye la misma virtud. En efecto, la virtud consiste en el perfeccionamiento del individuo en cuanto tal, y no en un medio para la felicidad de los demás.

A pesar de estas imprecisiones de Mill, es necesario destacar que algunas de las tesis que defiende el utilitarismo forman parte de nuestras intuiciones morales: la felicidad es valiosa, como también el análisis de las consecuencias de nuestros actos.

Bibliografía

- Annas, J. 1995: "Prudence and Morality in Ancient and Modern Ethics". *Ethics*, Volume 105, Issue 2 (Jan, 1995). pp. 241-257.
- Berlin, I. 1959: *John Stuart Mill y los fines de la vida*. En "Sobre la libertad", J.S. Mill. Madrid, Alianza, 1970. pp. 8-49.
- Goodin, R.E. 1995: *La utilidad y el Bien*. En "Compendio de ética". P. Singer (ed.). Madrid, Alianza, 2000. pp. 337-346.
- Guariglia, O. 1996: *Moralidad. Ética universalista y sujeto moral*. Buenos Aires, F.C.E. 1996.
- Guariglia, O. 1997: "La eudaimonía en Aristóteles: un reexamen". *Revista Méthexis*, X (1997). pp. 87-104.
- Guisán, E. 1984: *Introducción a "El Utilitarismo" de J. S. Mill*. Barcelona, Altaya, 1994. pp. 7-34.
- Guisán, E. 1992a: *El Utilitarismo*. En "Historia de la Ética", Vol. 2. Camps, V. (ed). Barcelona, Crítica, 1992. pp. 457-499.
- Guisán, E. 1992b: *Utilitarismo* en "Concepciones de Ética". Camps, V; Guariglia, O; Salmerón, F. (ed.). Madrid, Trotta, 1992. pp. 269-295.
- Habibi, D. 1998: "J.S. Mill's revisionist utilitarianism". *British Journal For The History Of Philosophy (BJHP)*, 6 (1), 1998. pp. 89-114.
- Mill, J.S. 1859: *Sobre la Libertad*. Madrid, Alianza, 1970.
- Mill, J.S. 1861: *El Utilitarismo*. Barcelona, Altaya, 1994
- Mill, J.S. 1873: *Autobiografía*. Madrid, Alianza, 1986.
- Mill, J.S. 1873: *Un Sistema de Lógica*, Libro VI, Cap. XII. En "El utilitarismo" de J. S. Mill. Barcelona, Altaya, 1994.
- Mill, J.S. 1874: *La Utilidad de la Religión*. Madrid, Alianza, 1986.
- Millgram, E. 2000: "Mill's Proof of the Principle of Utility". *Ethics*, Volume 110, (Jan, 2000). pp. 282-310.
- Riley, J. 2003: "Interpreting Mill's Qualitative Hedonism". *The Philosophical Quarterly*, Vol. 53, No. 212 (July 2003). pp. 410- 418.
- Rowe, C. 1995: *La ética de la Grecia Antigua*. En "Compendio de ética". P. Singer (ed.). Madrid, Alianza, 2000. pp.183-197.
- Salerno, A. 2000: *El liberalismo de John Stuart Mill*. En "Dialogando con la Filosofía

La relación entre *felicidad* y *virtud* en John Stuart Mill

- Política: de la Antigüedad a la Modernidad". Forster, R; Jmelnizky, A. (comp.). Buenos Aires, Eudeba, 2000. pp. 189-199.
- Scarre, G. 1999: "Happines for the Millians". *British Journal For The History Of Philosophy (BJHP)*, 7 (3), 1999: pp. 491-502.
- Skorupski, J. 2000: *John Stuart Mill*. En "Los Filósofos". Textos extraídos de la Enciclopedia Oxford de Filosofía. T. Honderich (comp.). Madrid, Tecnos, 2000.